





PRIMERA PARTE

Lo impensado



CAPÍTULO 1

LUNES 6 DE JUNIO, 7.30

PARQUE RUBÉN DARÍO

—**B**uen día, Carlos —dijo al poner un pie fuera del edificio. —Buen día, Mandy —la saludó el encargado que en ese momento terminaba de limpiar la vereda—. Es un hermoso día para correr.

Ella estuvo de acuerdo. Se ajustó los auriculares y apuró el paso en dirección a la avenida Las Heras. Hacía ya un tiempo que había adoptado la sana costumbre de empezar el día con un poco de actividad física. Correr una hora diaria con música la revitalizaba, ponía en funcionamiento todo su sistema y le oxigenaba la mente. Era una rutina que cumplía a rajatabla y que disfrutaba muchísimo.

Amanda Grimaldi, “Mandy” para todo el mundo, tenía 28 años y se sentía, como nunca, en armonía con su presente. Era licenciada en ciencias políticas y desde hacía dos años formaba parte del equipo de trabajo de la senadora Aurora Azurmendi.

Había conocido a su jefa durante el último año de cursada; Azurmendi era la titular de la cátedra Política Comparada. Con claridad

recordaba la mañana en la que le pidió se quedara después de hora para conversar con ella. La propuesta la había tomado por sorpresa. Hasta ese momento, no había contemplado la posibilidad de dedicarse a otra actividad que no fuera la diplomacia. Sin embargo, la oferta para sumarse al equipo de trabajo de Aurora la sedujo.

Al principio le costó adaptarse al ritmo, conocer las metodologías y el modus operandi del Senado. Sin embargo, los primeros meses fueron tan excitantes como ajetreados y la vertiginosa actividad la cautivó. La arena legislativa era toda una academia. En el campo de batalla había aprendido a interpretar los códigos de la política, a moverse entre las bambalinas de esas negociaciones que distorsionaban realidades y, principalmente, a manejar los egos y ansiedades de los legisladores en beneficio de su jefa.

Estaban transitando un año particular y la tensión se respiraba en los corredores del palacio legislativo. Se acercaban épocas de definiciones y la pasión política exacerbaba los ánimos en el recinto y en las salas de las comisiones.

Casi llegaba a las inmediaciones del parque, cuando vio un cartel con la imagen de Rodrigo Serra, el reconocido periodista político que la noche anterior, en su programa dominical, había anunciado que en su próxima emisión daría a conocer una investigación que prometía hacer tambalear el Congreso de la Nación.

¿Con qué se van a descolgar esta vez?, se preguntó Mandy con fastidio. La tenían harta los periodistas con su costumbre de inventar historias o, lo que era lo mismo, interpretar los hechos como les venía en gana. Ya no sabían qué inventar para ensuciar al gobierno y ganar un poco de rating; ahora era el turno de los senadores.

Le costaba imaginar de qué podría tratarse esta vez, pero viniendo de un personaje como Serra, con sus ridículas investigaciones y

su sensacionalismo amarillento, podía esperarse cualquier cosa. Lo detestaba. Para Mandy la prensa era insaciable, depredadora. Creían tener un poder absoluto.

Esos pensamientos incrementaron su fastidio. Subió el volumen de la música. Se negaba a dejarse intoxicar desde tan temprano. Ese era justamente uno de los motivos por los que había optado por comenzar el día al aire libre; era una manera de preservarse.

Recorrió las cuerdas que la separaban del parque Rubén Darío luchando por apartar de su mente cualquier pensamiento asociado al trabajo. Poco a poco fue lográndolo. La voz de Tom Chaplin la inundaba y la canción de Keane que sonaba en sus oídos la guio hacia otros derroteros.

Al cruzar la avenida del Libertador se encontró pensando en el hombre que había descubierto hacía casi un mes. Atractivo, alto, atlético, cabello oscuro, aunque hiciera frío, siempre llevaba pantalones cortos y un buzo azul que hacía juego con la gorra que sujetaba el cabello algo ondulado. Solía hacer el mismo recorrido que ella y a la misma hora.

Ese lunes se adentró en el parque esperando verlo, aunque más no fuera a la distancia. Le cambiaba el humor cuando lo cruzaba y esa mañana necesitaba una inyección de entusiasmo.

Justamente en él pensaba cuando lo vio doblar la esquina de la gran plaza Rubén Darío. Lo detectó enseguida entre varias personas que hacían actividad física en el parque. *Cómo no detectarlo si está bárbaro*, pensó Mandy. Estaban a unos setenta metros de distancia. Y por la dirección que él traía y la que ella llevaba, chocarían.

Mandy lo observaba con todo el disimulo que podía. Avanzaba a ritmo sostenido, los hombros firmes y el cuerpo alineado. Le hubiera gustado apreciar su rostro, pero llevaba esa molesta gorrita que lo impedía.

Los separaban veinte metros y Mandy seguía avanzando hacia él, perdida en su análisis. No lograba definir si era ella o era él quien corría por el carril equivocado: de eso dependía quién debía hacerse a un lado.

Con esa duda existencial en la cabeza lo vio acercarse sin alterar su ritmo. Resignada a dejarlo pasar, Mandy dio un paso al costado, con tan mala suerte que pisó el borde de la senda, perdió equilibrio y cayó,

No puede estar ocurriéndome esto, protestó interiormente sintiéndose una tonta. Allí estaba ella: tirada a un costado de la senda de corredores, con la cabeza sobre el pasto, el tobillo dolorido y la vergüenza reflejada en las mejillas.

—¿Estás bien?

No lo escuchó de primer momento. En sus oídos, Madonna sonaba a un volumen interesante. Fue cuando sintió el contacto de la mano contra su codo que volvió a mirarlo.

Dios. Era mucho más atractivo de lo que lo había imaginado. Tenía el rostro anguloso, ojos marrones y unas cejas gruesas que le daban carácter a la mirada penetrante. *Es muy lindo*, pensó Mandy y por una fracción de segundos el dolor en el tobillo desapareció.

—¿Estás bien? —repitió él. Ella asintió y se quitó los auriculares solo para escuchar su voz.

—Sí, sí perdón —dijo y se dejó ayudar para ponerse de pie—. Iba pensando hacia qué lado moverme para no chocarte... y bueno... mi cuerpo dijo izquierda y mi cerebro, derecha. —Él rio frente a su verbosidad. Tenía una risa linda, contagiosa y una sonrisa ancha, de dientes blancos, que sentaba de maravilla al rostro bronceado, propio de quien hace actividad al aire libre con frecuencia—. Lamento haber interrumpido tu ejercicio —agregó Mandy.

—Ya estaba terminado —comentó él de buen talante y dio un paso

al costado para no entorpecer la actividad de quienes circulaban por la zona del parque. Miró una vez más a Mandy como si quisiera cerciorarse de que no estuviera lastimada—. ¿Seguro que estás bien? —insistió. Su voz era gruesa, profunda y seca. Ella tomó nota mental de eso—. ¿Te parece que podrás continuar?

—Creo que por hoy se acabó la actividad, pero mañana volveré... como todos los días —dijo Mandy sonriendo.

Él asintió divertido por el doble mensaje de la chica. La había captado al vuelo. Aunque, en realidad, la aclaración estaba de más. Sabía perfectamente que todas las mañanas, más o menos a la misma hora que él, se presentaba en el parque. Había observado que corría a buen ritmo y al concluir estiraba los músculos a conciencia antes de partir hacia la calle Agote. La proximidad actual le permitía agregar que, además de lindo físico, era bonita y tenía una maravillosa sonrisa. Le resultó simpática y lo ocurrido esa mañana era, por lo menos, llamativo.

—Bueno, nos vemos —dijo él.

Lo miró con una sonrisa tímida.

—Disculpame una vez más —dijo ella tratando de alargar la despedida—. Soy Amanda, pero todos me dicen Mandy

—Nada que disculpar —respondió—. Nos estamos viendo, Mandy. Soy Gaspar.

—Nos estamos viendo —susurró ella al verlo alejarse.

11.30

CASA DE GOBIERNO, DESPACHO DEL JEFE DE GABINETE DE MINISTROS

Este va a ser un día complicado, pensó el senador Nito Cárdenas al ingresar a la Casa de Gobierno por la entrada principal escoltada por

dos granaderos. Lo esperaban en una reunión convocada a último momento que anunciaba ser áspera y difícil.

Eugenio “Nito” Cárdenas era el senador de mayor peso dentro del Congreso de la Nación. Un político de carrera con mucha influencia sobre el Poder Ejecutivo y estrecha relación con los miembros de la Corte Suprema de Justicia, además de apadrinar políticamente al ministro del Interior. La arena legislativa era su dominio; en ese campo nadie opacaba su poder. Tenía contacto con todos los poderes y en todos los niveles, incluida la prensa.

Era un hombre alto y delgado que, a sus casi setenta años, mantenía el mismo aspecto activo y altivo que tenía al ingresar a la función pública. Llevaba el cabello entrecano peinado prolijamente hacia atrás, dejando al descubierto un rostro de facciones frías y duras, y unos intensos ojos pardos en los que todavía vibraba la llama de la ambición.

Había llegado al Congreso en los primeros comicios, tras la vuelta a la democracia. Desde entonces representó los intereses tanto de su provincia como de su partido y, por supuesto, los personales. En los últimos seis meses se había enfocado en reforzar los resultados de las encuestas de cara a las próximas elecciones legislativas. Su cargo no estaba en juego, lo que realmente le interesaba era ampliar el número de partidarios para fortalecer el poder de su partido en la cámara alta para cuando se disputaran las presidenciales que sí eran su objetivo final.

La noche anterior, por TV, en uno de los programas políticos de mayor audiencia, Rodrigo Serra, el conductor, había anunciado que en una semana difundiría una investigación sobre corrupción que involucraba a varios miembros del poder legislativo. El periodista no había adelantado mucho ni especificado nombres, pero dejó trascender que se trataba de una extorsión.

Llevaba mucho tiempo trazando su camino; construyendo, escalón por escalón, sus últimos años en la política como para que un reportero de mala muerte frustrara sus planes. Nada le quitaba de la cabeza que alguien había hablado de más. Su instinto le decía que debía tratarse de una persona que conocía, y a quien seguramente cruzaba a diario en el palacio. Todos le parecían sospechosos, y al mismo tiempo, ninguno daba con el perfil.

La indignación lo había empujado a llamar a un periodista amigo, más que amigo, uno que le debía favores. El hombre en cuestión le había jurado y perjurado que desconocía el tema que abordarían en el programa. Al parecer, desde la producción de Serra habían extremado cuidados para que nada se filtrara. Solo corría la voz de que el asunto iba a sacudir los cimientos del Senado. Era mucha la mugre que sacarían a la luz y Serra juraba tener pruebas irrefutables que habrían de salpicar a unos y a otros.

El anuncio difundido la noche anterior ya corría como pólvora por la ciudad y desde que se hizo público, su teléfono no había dejado de sonar. Su nombre, aunque no se mencionaba, parecía estar al tope de las especulaciones. Eso lo enfurecía, y claramente lo perjudicaba.

Uno de los primeros en ponerse en contacto con él fue Camilo Gutiérrez, jefe de Gabinete de Ministros, quien lo convocó a una reunión a primera hora de la mañana. El llamado no lo había sorprendido, pero sí fastidiado. No toleraba al hombre que ocupaba el despacho contiguo al del presidente de la Nación.

Camilo Gutiérrez era un arrogante que acumulaba poder con cada segundo que pasaba, sin demostrar que estuviera a la altura de las circunstancias. Se detestaban y no era secreto para nadie. A decir verdad, Cárdenas no toleraba que alguien se interpusiera entre él y

el presidente. Siempre tuvo acceso directo a los mandatarios y ahora Gutiérrez estaba en el medio.

Una persona de protocolo lo aguardaba en el salón de los bustos para escoltarlo a las oficinas del jefe de Ministros. Sin necesidad de esperar, Cárdenas fue conducido al interior de un despacho amplio y luminoso en el que había estado cientos de veces reunido con los jefes de Ministros de las últimas décadas. Gutiérrez no era el primero con el que le tocaba lidiar.

—¿Qué demonios está sucediendo, Nito? —disparó Camilo Gutiérrez sin siquiera molestarse en saludar—. Me aseguraste que tenías todo controlado.

A Cárdenas los modos de Gutiérrez terminaron por predisponerlo mal. Tragó y decidió pasar por alto el comentario. Ambos tomaron asiento manteniendo las distancias.

Gutiérrez era un hombre con una vida pública relativamente corta. A sus cincuenta y cinco años contaba con vasta experiencia como abogado administrativo y una cuasi inexistente actividad política. Pero era inteligente, hábil en sus movimientos y no le temblaba el pulso a la hora de ejecutar una orden por antipática que fuera. Además, demostraba ser implacable cuando algo se le metía entre ceja y ceja.

—¿Para eso me mandaste llamar? —se exasperó Cárdenas con aspereza.

—Necesito que me asegures que nada de lo que acordamos la última vez que hablamos ha cambiado —continuó el ministro controlando su animosidad—. Creí haber sido claro cuando mencioné que el presidente tenía especial interés en que la ley laboral saliera cuanto antes.

Tras superar la sorpresa, Cárdenas asintió. Hubiera jurado que el asunto que lo había llevado a ese despacho se relacionaba con el anuncio periodístico y no con un capricho, a su entender, menor.

—No es necesario que me llames a cada rato para eso, Camilo —disparó ofuscado y se puso de pie. No tenía tiempo para bravuconadas de un trepador como ese cuando había tanto en juego—. Te dije que prácticamente no habrá debate. Y lo garantizo. Esa ley es un hecho.

—Se te escucha muy seguro, Nito. Por favor, tomá asiento que no hemos terminado —prosiguió el ministro de cabello entrecano y rostro redondo, donde destacaban unos ojos celestes tan intensos como fríos—. Por algún motivo no puedo sentir la misma confianza. Víctor teme que el anuncio de Serra altere sus planes.

Acababa de usar el nombre de pila del presidente para dar por sentado que la reunión era idea directa del mandatario y a Cárdenas le resultó una jugada infantil. Se sonrió con algo de soberbia, pero le reconoció la sutileza para deslizar el tema del periodista. No se sentó.

—Tranquilízate, ya verás que eso es puro humo —comentó Cárdenas como si realmente lo pensara—. Tengo gente trabajando en ello. Esta noche deberían informarme de qué se trata con exactitud y cuáles son las intenciones reales de ese periodista.

—¿Vos qué pensás? —preguntó, dejando por primera vez entrever su preocupación—. ¿Crees que esté relacionado con las escuchas que está siguiendo Azurmendi?

—Puede ser... —aceptó Cárdenas pensativo. Miró al ministro con atención y una idea comenzó a formarse en su mente—. En verdad, sería de mucha utilidad que así fuera. El de las escuchas es un tema que a los medios les encantaría difundir y a la gente seguir. El espionaje, por el lado que venga, siempre se lleva la atención. Así que puede ser —concluyó. Con cierta displicencia, Cárdenas consultó su reloj. Tenía otros asuntos que atender—. Ocupate de tranquilizar a Víctor —dijo mirando con firmeza a Gutiérrez—. No puedo apurar

los tiempos legislativos, solo allanar el camino y eso ya está hecho. Cuando pase a recinto, será ley.

–Está bien –accedió el jefe de Gabinete–. Manteneme informado.

–Por supuesto –mintió Cárdenas dedicándole una sonrisa sardónica.

Luego se marchó sin molestarse en estrechar su mano.

16.00

LAS FLORES, URUGUAY

El mar le recordaba su infancia. Podía pasarse horas mirando cómo el oleaje se balanceaba y ese movimiento inquietante, continuo, lograba hipnotizarla y la alejaba del mundo. Sin reparo ni resistencia, se sumergía en la turbadora serenidad tan llena de recuerdos dulces. Nunca lo había considerado, pero cuando eso sucedía, sus preocupaciones se evaporaban; era como quedar vacía, virgen de emociones, carente completamente de miedos o remordimientos.

La brisa, picosa por la arena, golpeó su rostro y la devolvió a la realidad. Respiró hondo, disfrutó de su cuerpo y su alma en comunión, y se sintió viva. Solo en ese lugar el milagro se producía; fuera de allí, mente y corazón eran un tumulto de pasiones pasadas que se entrelazaban con vivencias actuales y la llenaban de hastío.

La chacra estaba ubicada a unos cincuenta kilómetros de Punta del Este, en un paraje apartado, mayormente concurrido por pescadores y residentes locales. Resultaba un sitio silencioso y sereno, ideal para perderse. Una suerte de refugio junto al mar con su huerto silvestre de un lado y los naranjos en hilera del otro, la tupida madre-selva sobre la fachada, y la amplia playa frente a la galería principal. Un sitio anónimo donde cargar energías y pensar con claridad.

Amaba ese lugar. Tiempo atrás, sus padres habían comprado esa propiedad para disfrutar de sus últimos años. Allí habían sido felices hasta que la muerte los encontró en un crudo invierno. De eso hacía ya casi una década.

El recuerdo de su madre la hizo sonreír. Ella solía decir que allí todo parecía estar en sintonía. Y era cierto. Cada partícula de su cuerpo, como las piezas de un rompecabezas, comenzaba a ubicarse en el sitio correcto. Recorrió el ancho de la playa con la mirada, absorbiendo su poderío. El aire puro del mar llenó sus pulmones. La paz que ese sitio transmitía no la hallaba en ningún otro lugar.

Paz, repitió su mente. *¿Cuánto hacía que no se sentía en paz?* Por años había postergado el regreso, un poco por las obligaciones que la retenían en la ciudad y otro tanto por miedo a enfrentar sus propias frustraciones y miserias. Sonrió ante los recuerdos de la última vez que había estado allí dos años atrás. Aquella había sido una reconfortante escapada cargada de amor. Esta vez era bien distinta. Necesitaba poner distancia con Buenos Aires.

Buenos Aires era siempre un hervidero y la bomba que estaba por explotar provocaría tal conmoción que, de encontrarse allí, temía que sus sentimientos la traicionaran. Había sido tan sencillo echar a correr el reloj; tan simple como arrojar una carta al buzón y esperar que llegara a destino. Y cuando eso ocurriera...

En breve las máscaras caerían y la verdad saldría a la luz. Solo era cuestión de aguardar a que los hechos fluyeran y siguieran su cauce. No era tan difícil. Sonrió satisfecha ante la convicción de que, finalmente, se haría justicia. Por fin quien debía pagar pagaría.

El senador Enrique Bolaños cumplía su cuarto y último mandato en la cámara alta como representante de la provincia de Neuquén. Un poco por pedido de su esposa, y otro tanto por un tumor en la zona prostática que lo tenía a maltraer, había decidido no volver a presentarse para el cargo. Ya cercano a los setenta y cinco años y tras haber dedicado la mitad de su vida a la política, sentía que la hora de descansar había llegado –bien ganado lo tenía–, y su esposa merecía que le brindara más tiempo a la familia. No quedaba mucho futuro.

Entre sus múltiples atributos, se destacaba su bajo perfil y su tenacidad a la hora de defender con ahínco los intereses de su provincia desde una posición neutral, siempre balanceándose entre la oposición y el oficialismo de turno, con tino y pie de plomo. Gozaba de un prestigio único entre sus pares, nadie lo recelaba ni hablaba mal de él. Era respetado y consultado por camaradas y opositores. Estaba a pasos de convertirse en leyenda.

Sin embargo, corrían tiempos difíciles, Bolaños lo sabía. Su posición lo obligaba a definirse y tomar decisiones arriesgadas. No era la primera vez que se encontraba en una situación similar, pero nunca el panorama había sido tan desalentador. Era muy consciente de las dos batallas que se jugaban y en ambas el apoyo que su bloque podía ofrecer haría la diferencia. Pensaba aprovechar la situación sin por eso traicionar sus convicciones ni los intereses de su provincia.

Las negociaciones en torno al proyecto de ley sobre el traspaso de tierras fiscales a una comunidad indígena pronto vería la luz. Hacía tiempo que luchaba por ello y lo enorgullecía estar a punto de lograr lo que a su entender posicionaría a su provincia como la primera en

reconocer los valores de los pueblos originarios. Si todo marchaba según sus planes, esa misma tarde la comisión dictaminaría y sería un importante paso de cara al recinto. No veía la hora de comunicar su logro al gobernador.

Su oficina se hallaba ubicada en el edificio anexo del Senado, algo que agradecía. Hacía tiempo que había descubierto que contar con un despacho en el palacio legislativo acarreaba ciertos compromisos que no estaba dispuesto a aceptar. Prefería moverse sin llamar la atención, de ese modo, era mucho más productivo.

Llegó a su escritorio a media tarde, con los minutos contados antes de participar de una reunión con miembros de la comisión que presidía.

Lisa, su secretaria, al escucharlo ingresar alzó la vista y lo saludó con una sonrisa. Llevaba más de diez años trabajando para él y habían sido una bendición. El senador era un hombre de buen carácter, correcto y sumamente respetuoso. Podía estar de mal humor, pero jamás lo desparramaba entre aquellos que nada tenían que ver. Era un hombre justo.

–Tengo varios llamados que comunicarle, senador –anunció la mujer poniéndose de pie para seguirlo al interior del despacho. Aguardó a que su jefe se ubicara tras el escritorio para compartir con él las novedades.

–¿Algo urgente? –preguntó.

–Llamó el jefe de despacho del senador Cárdenas –informó–. Quiere saber si puede reunirse con el senador.

Bolaños sonrió con ironía. Estaba esperando ese llamado y contaba con sacarle provecho. Conocía a Nito Cárdenas desde hacía más de dos décadas y podía oler la necesidad de parte del senador estrella. Llevaban años batallando, pactando y sonriéndose con conocimiento

de causa. Si Nito necesitaba pedir, por supuesto que lo escucharía, y seguro, algo a cambio obtendría.

—Decile que podría ser hoy tras la sesión de la Comisión —comentó resuelto. Estaba al tanto de los rumores. De reunirse con Cárdenas, prefería hacerlo allí y no en un lugar público.

—Espere, señor... lo llamó su señora hace un momento para recordarle que esta noche lo esperan en casa de su hijo —anunció—. Así que...

—Ah, cierto, el cumple del nene. Nito deberá esperar a mañana —reconoció Bolaños con una sonrisa cómplice que la secretaria devolvió—. Entonces decile a Cárdenas que cuando él disponga estará bien para mí.

—Perfecto —Lisa bajó la vista al anotador—. Ya avisé que concurrirá el miércoles por la noche a la cena que ofrece el centro de ingenieros en el patio Bullrich. También tengo los pasajes para el viernes y confirmé su presencia en el cumpleaños del gobernador para el sábado por la noche.

—Gracias, Lisa.

Bolaños se dejó caer contra el respaldo de su asiento y giró hacia la ventana. Ensimismado, contempló la imagen del palacio legislativo. ¿Cuánto resistiría a todo lo que parecía estar sucediendo? Corrían tiempos complicados en el Congreso de la Nación, aunque las alianzas se mostraban parejas y el poder de influencia estaba bien repartido, nuevas hegemonías parecían gestarse en las sombras. Lo notaba, pero no podía detectarlas. Eran fuerzas nuevas que, a su entender, excedían a los partidos y respondían a otros intereses. De todas formas, agradecía no tener que lidiar con nada de ello. Carecía de fuerzas para afrontar más cambios.

Así y todo, como a la mayoría de los que trabajaban en el cuerpo legislativo, lo intrigaba el escándalo que prometía develar el periodista

Serra. Él tenía sus sospechas, pero seguridades, ninguna. Intuía que podía ser uno de los puntos que Nito deseaba discutir con él. *La sombra del pasado parece no extinguirse nunca*, pensó con algo de preocupación. Si de eso se trataba, podía apostar que habría un estruendo importante. Claramente, había que dejar el lugar para las nuevas fuerzas. Resistirse podía ser peligroso.

El ruido de la puerta lo trajo a la realidad.

—Perdón, senador —dijo Lisa asomándose—. Me informa la secretaria del senador Cárdenas que mañana él no vendrá por aquí. Quiere saber si tiene algún inconveniente de reunirse en otro sitio.

—Que te indique dónde y vemos.

Sonrió al ver a su jefe de despacho, Gregorio Canale asomarse con dos cafés recién comprados.

—Hola, Goyo —saludó Bolaños cordial al tomar el vaso que su asesor le ofrecía—. Gracias. —Bebieron el café en un llamativo silencio—. Estás muy callado —dijo el senador mirando a Canale—. ¿Sucede algo que no me estás contando?

Gregorio Canale negó en silencio. No deseaba compartir sus preocupaciones con el senador. El hombre estaba al margen de demasiados asuntos y de enterarse, solo complicaría la situación. Bolaños había empezado a tirar la toalla; eso, en las actuales circunstancias, podía ser peligroso. Él ya había hecho su aporte, no pensaba involucrarse más. Bolaños estaba más afuera que adentro y él debía pensar en su futuro. De momento, solo restaba esperar. Contaba las horas para ser testigo de cómo el imperio de Cárdenas se desmoronaría.

—Ya corre el rumor de que el informe periodístico es sobre Cárdenas —deslizó Canale maliciosamente. Bebió un poco del café—. Hoy, alguien mencionó algo relacionado con narcotráfico.

Bolaños sacudió la cabeza con resignación consciente de que Canale desaprobaba el inoportuno encuentro con Cárdenas. Ambos sabían que era poco recomendable que los retratasen juntos. Sobre todo, si tenían que cerrar un acuerdo.

–Senador –dijo Lisa al asomarse tras la puerta–. Ya están todos reunidos aguardándolo.

Bolaños terminó su café y en silencio se puso de pie. Tomó una carpeta del escritorio y miró a Canale

–¿Venís?

–Por supuesto –respondió y siguió a su jefe fuera del despacho.

19.00

CONGRESO DE LA NACIÓN, DESPACHO DEL SENADOR CÁRDENAS

Magdalena Ríos intuía que algo grave sucedía. Llevaba años trabajando para el senador Cárdenas y sabía que el tipo era un témpano, inmovible e incapaz de perder la compostura. Por eso la preocupó tanto escuchar la seguidilla de improperios que liberó antes que Fernando Greco, su jefe de despacho, cerrara la puerta. Lo único que ella podía asegurar era que había llegado de mal humor de la reunión a la que había asistido en Casa de Gobierno. Desde entonces, su ánimo había empeorado considerablemente.

La secretaria consultó su reloj. Se hacía tarde; generalmente, a esa hora ya estaba libre. Lo que la impacientaba era que perdería el turno con el dentista; hacía más de un mes lo habían arreglado porque los lunes, el senador difícilmente pasaba por allí. Le daría unos minutos más y si no se marchaba antes de las siete y media, tendría que cambiar la cita para otro día. ¡Qué contrariedad!

En el despacho de Cárdenas, el clima era tenso. Greco no se

atreví a sumar comentarios. La información que acababa de compartir con su jefe lo había corrido del eje. Buscando aplacar los ánimos, se acercó a la biblioteca ubicada en uno de los laterales. De un compartimiento extrajo una botella de whisky y dos vasos. Los rellenó y extendió uno al senador. Cárdenas tomó el vaso que su colaborador le ofrecía y le dio un sorbo procurando calmarse. Luego se volvió hacia la ventana desde donde se apreciaba parte de la plaza de los Dos Congresos.

Del otro lado del despacho, Fernando Greco bebía su trago y analizaba la poca información con la que contaba. Uno de sus contactos le había contado que el asunto que el periodista pensaba divulgar se relacionaba con Cárdenas, pero no tenía que ver ni con los agentes de inteligencia, ni con los pliegos de los jueces que se discutían en la comisión de acuerdos. Era algo distinto, algo de lo que nunca se había hablado.

—¡No puede ser que nadie sepa! —exclamó Cárdenas, frustrado. Golpeó el escritorio con violencia—. Necesito saber fehacientemente de qué se trata. Tenemos que poder anticiparnos, Fernando.

La voz de Cárdenas se había elevado considerablemente y Fernando miró por sobre su hombro hacia la puerta que comunicaba con la secretaria. No era bueno que la chica escuchara lo que no debía. Se puso de pie y, al abrir la puerta, la encontró sentada en su escritorio, rígida, con la mirada clavada en el monitor de su computadora.

—Magui —dijo con suavidad, pero con firmeza—. Podés retirarte. Me encargaré de cerrar cuando el senador se vaya.

—Perfecto, Fer —respondió—. Gracias.

Greco cerró la puerta antes de que la chica desapareciera. Necesitaba sacarla de allí para poder hablar sin testigos. Regresó a su asiento y rellenó ambos vasos.

–Te puedo asegurar que he presionado a todos mis contactos –aclaró–, tanto dentro como fuera de los medios. Nadie larga prenda.

–¿Estás seguro de que ofreciste lo suficiente? –presionó Cárdenas con aspereza.

Greco asintió inexpresivo. Luego lo miró.

–Tal vez debemos orquestar algún tipo de campaña para agitar a la prensa en dirección a las escuchas –sugirió Fernando maliciosamente ganándose la atención de Cárdenas–. Tenemos que encontrar la manera de volver esta situación a nuestro favor. Podemos instalar que Serra está orquestando todo esto alentado por los servicios para desprestigiarte –concluyó–. Aunque los tiempos no ayudan –prosiguió como si estuviera pensando en voz alta–. Lo importante es que esa idea prenda. Sería bueno apurar la reunión con el secretario de inteligencia. De lo contrario, la bomba de Serra explotará antes y el impacto “patrullaje telefónico” perderá su efecto.

–¿Creés que no lo sé? –estalló Cárdenas ya sin contenerse–. Pero no hay tiempo, Fernando... Lo único que podría salvarnos es entregar algún dato sensible antes del domingo. Pero no sé si es buena idea hacerlo sin medir las consecuencias.

Tras años de considerarse un líder y un referente del oficialismo dentro de la cámara alta, era muy consciente de que la situación cambiaba sustancialmente a su alrededor. Las esferas del poder ya no eran las mismas y él empezaba a quedar expuesto. Necesitaba moverse con rapidez y cautela. Alguien intentaba hacerle frente desde las sombras... ¿Acaso su hegemonía tambaleaba? Tenía que redoblar la apuesta si deseaba tener algún tipo de oportunidad en las elecciones presidenciales.

–¡Quiero a todos enfocados en este asunto! –demandó–. A todos, Fernando. Antes del jueves necesito un informe completo sobre ese

periodista de mala muerte. Encuentren su talón de Aquiles. Voy a aplastar como a una cucaracha a ese mal parido. El viernes, a más tardar, debemos destruir su credibilidad. Elegí dónde y cómo. –Hizo una pausa y meditó sus propias palabras por un instante. Luego alzó la vista y la clavó en su colaborador–. También quiero saber todo sobre el tema de las escuchas. Tenemos que encontrarle una salida a toda esta situación y también contrarrestar los daños que pueda dejar. Aurora está empeñada en ocupar mi puesto y no estoy dispuesto a hacérsela tan fácil. Si busca pelea, la va a tener.

–No creo que le dé el cuero para algo así –deslizó Fernando–. La mujer no tiene lo que hace falta para sostenerse. Le sacás muchos cuerpos de ventaja.

–No la subestimes. Es muy capaz de dejarse arrastrar a una cama para ganar terreno. Puede tener sus inclinaciones y preferencias, pero es capaz de cualquier cosa –aclaró–. Esa zorra se va a disfrazar de lo que sea con tal de lograr su cometido. De momento la tengo controlada, pero no me fío de ella.

–Me ocuparé del tema Serra –le aseguró Fernando y mentalmente elaboró un listado de personas a las que les encargaría el asunto.

Cárdenas resopló. Nada le quitaba de la cabeza que el traidor estaba entre sus pares y, lo que era peor, el puñal lo esgrimía alguien de su partido. Aurora Azurmendi tenía todas las fichas.

Pensó en ella maldiciendo. Tiempo atrás la había reclutado. Había sido todo un descubrimiento. Hermosa, brillante y arrolladora, tenía todo lo necesario para convertirse en una carta certera y ganadora. Durante el primer mandato creyó controlarla, de hecho, por un par de meses hasta la convirtió en su amante y llegó a considerarla la compañera ideal. Pero ella terminó mostrando su verdadera esencia y eso puso punto final a muchos acuerdos y proyectos.

–No me comentaste qué quería Gutiérrez –dijo Fernando de la nada, rescatándolo de sus pensamientos–. ¿Era por este asunto?

Cárdenas negó con la cabeza y lo miró esbozando una mueca que claramente daba a entender que se trataba de un asunto de menor importancia.

–El presidente –empezó diciendo–, Víctor –enfaticó con sorna–, está emperrado en que la ley de reforma laboral salga cuanto antes. Le aseguré que eso no corría riesgo.

–¿Bolaños ya te prometió los votos de su bloque? –preguntó el asesor con seriedad.

–No todavía –respondió Cárdenas–. Pero necesita nuestro apoyo para una ley de parques nacionales que favorecerá a su provincia.

–¿Parques nacionales? –remarcó Fernando casi divertido por la ironía del caso.

–En realidad, es algo relacionado con pueblos originarios; parece que hay un grupo de indígenas que no quieren moverse de esas tierras –repuso restándole valor–. Bolaños es altruista y siempre pregonó por aumentar el patrimonio natural de su provincia. Pensaba hablar con él estos días para cerrar el acuerdo. Sinceramente, no es algo que me preocupe.

–Parece mentira como muchas veces una causa de corte altruista termina favoreciendo a otros intereses –deslizó Fernando con cinismo.

–Ni lo digas.

Greco bebió un poco de whisky y al dejar el vaso sobre la mesa, alzó la vista para contemplar a su jefe. Desde que trabajaba para él, nunca lo había visto tan preocupado y eso no era nada bueno. Frunció el ceño al advertir que se frotaba la boca del estómago y al hacerlo, fruncía levemente el ceño. Hacía días que advertía la mueca y lo asoció al grado de estrés que venía soportando últimamente.

–Nito –dijo entonces Fernando. El senador lo miró con atención–.
¿Estás seguro de que no tenés idea de qué puede ser la denuncia de Serra? Si me lo dijeras... tal vez podría serte de mayor ayuda.

Cárdenas no respondió y esa fue toda una confirmación para Fernando.